

Sabido es que la nacionalidad y la lengua son los sillares sobre que descansa una Literatura determinada. Respecto á la nacionalidad, señaló el conferenciante cinco componentes: el aborigeno, el romanismo, el cristianismo, el germanismo y el orientalismo, que vinieron á dar por resultado en el siglo décimotercio y bajo la égida de D. Jaime I el *Conquistador* nuestra amada Cataluña, feudal en el fondo, monárquica en la forma, en su espíritu profundamente cristiana, en su régimen exterior federativa, en su actividad mercantil y guerrera y en todo esencialmente democrática. Y en verdad nuestra sacrosanta Religión entró de un modo muy principal á informar nuestra nacionalidad y á constituir como el meollo y la savia de la misma; y pueblo y magnates y monarcas, todos á una, dan muestra palmaria de la veracidad de nuestro aserto.

Sobre la influencia romana no es preciso insistir, atendido que á nuestra lengua se ha llegado á calificarla de primogénita de la latina, y que además nuestro derecho en grandísima parte no es otro que el romano. Hay que notar no obstante que el romance *catalanesch* fué empleado por nuestros grandes escritores Lull, Desclot, Eximenis, el herético y famoso médico Arnaldo de Vilanova, etc., etc., para escribir sus célebres obras de todas las ciencias estudiadas á la sazón; por más que el latín pudiera ser en pleno siglo XVI preferido por los sabios que lo usaron para dar á luz muchos de sus escritos.

En el germanismo se advierten dos fases: la primera, gótica y la segunda, franca. De aquella se notan vestigios en el nombre de nuestra patria derivado de *goth-land*, tierra de godos y en algunos apellidos que á todas luces derivan de voces góticas. De la última bastará recordar para convencerse de sus huellas impresas en nuestro pueblo la parte que el imperio franco tomó, por su vecindad, en nuestra Reconquista. Pero literariamente no somos deudores á la influencia franca de valiosos legados, porque precisamente nuestra cultura se alzaba muchos codos por encima de aquella, en términos que en el siglo X, y bajo el gobierno de Borrell II, un Obispo de Orleans mandaba á una de las dos escuelas que en nuestro país mantenían viva la tradición *isidoriana*, la de Attón prelado de Ausona, al monje Gerberto (que al ceñir tiara se llamó Silvestre II) con objeto de instruirle; lográndolo en tal alto grado, que sus contemporáneos y la posteridad no acertaban á explicarse la ciencia prodigiosa, superior en mucho á la de su época, que atesoraba el docto Pontífice.

Por lo que hace relación con el elemento oriental, indicó el señor Rubió y Lluch, que la influencia arábiga y hebrea, apesar de las